

Al hilo del divorcio.

La ruptura del matrimonio Imperio-Gallito ha vuelto a dar actualidad a este tema del divorcio, todavía nuevo en España.

El divorcio es una de las cosas más divertidas que tenemos en este bendito país.

Para los casos serios es una cosa trágica esta parodia de separación que en España usamos y que deja las cosas en peor estado que se hallaban antes de sentir dos cónyuges la necesidad de acudir a este remedio heroico; pero en los demás... una verdadera delicia.

Como que si las mujeres llegan a enterarse no van a bastar para la tramitación de diligencias de divorcio todas las manos curialescas de la Casa de Canónigos y de la calle de la Pasa. Que son unas pocas.

Yo no sé por qué será, pero es el caso que de cada cien divorcios que se incoan en España, noventa y nueve, tres cuartos y noventa y nueve décimas de cuarto acaban volviendo a reunirse los cónyuges... y una nueva luna de miel.

¿Comprendes, bella e inquieta lectora? Cuando

ya creías agotado todo el dulce de las provisiones matrimoniales, el juez de guardia o el provisor eclesiástico te ofrecen, a la simple presentación de un sencillo pliego de papel sellado, un opulento panal de riquísima miel, que, ahora, tu experiencia de las mermeladas matrimoniales hará todavía más sabrosa.

Cierta vez se presentó en mi modesto despacho de abogado una señora:

—Yo quiero divorciarme—me dijo.

—¿Su marido de usted?...

—Es muy bueno.

—¿Pero su carácter?...

—Inmejorable. Un ángel.

—¿Entonces, su entendimiento?...

—Es más listo que Cardona.

—¿Acaso su corazón?...

—Un bizcocho borracho.

—¿La trata a usted mal?

—¡Jamás! Todo el mimo, todo el respeto, toda la consideración le parecen poco para mí.

—No le pregunto a usted si está enamorado.

—Como un loco.

—¿Es feo?

—Todo un real mozo.

—¿Acaso?...

—¡Todo un real mozo! ¡No le digo a usted!

—Pues entonces, señora mía, si no hay motivo para plantear el divorcio, según usted declara, ¿cómo quiere usted que lo planteemos?

—¡Ah! ¿Pero usted no encuentra modo de incoar mi divorcio?

—¿Cómo, señora?

—¡Valiente abogado será usted!—dijo, levantándose enojada y marchándose sin despedirse.

Supe a los pocos días que la buena señora había conseguido su deseo y que por los Tribunales rodaban unos pliegos de papel sellado en que, conforme a la decretal tantas y a la encíclica «Litteras tuas», de uso corriente para estas cosas, se pedía el divorcio de mi amiga...

La cual se presentó en mi casa, unos meses más tarde, del brazo de su marido y hechos ambos un caramelo.

—Pero ¿por qué tenía usted tanto empeño en plantear el divorcio?—la pregunté en un aparte.

—¡Tonto! ¿No lo comprendió usted?... ¡Para volvernos a juntar!

¡Sus, lectoras! ¡A divorciarse!



Las hermanas Suárez.

«YO ME QUERÍA CASAR...»

Todos se van.

Las hermanas Suárez han firmado un contrato para La Habana, por no sé cuántos meses, y se disponen a cruzar el charco. ¡Ahí te quedas, Madrid!

—¿Pero no estaban ustedes a gusto en la corte? ¿No han hecho el milagro de llenar durante algunos meses de público escogido el apartado, viejo, incómodo y feo teatro Martín? ¿No las ha saludado todas las noches la música divina del aplauso? ¿No han ganado ustedes dinero *abondo*, como decimos en la gloria de las Mariñas betanceras?

—Pues esa es la cuestión: el *dineribilis*; que, como nos ha ido muy bien, se nos ha despertado la ambición... Y como, además, queremos retirarnos...

—¡Blanquita! Pero ¿usted sabe lo que ha dicho? ¡Dinero! ¡Retirarse!... Hágame usted el favor de despertar.

—A la orden de usted. Sí, señor; pensamos en

retirarnos. ¿Qué pasa en Cádiz? Claro que no va a ser esta noche, ni mañana... ¡Ay!... Pero ya comprenderá usted que no vamos a pasarnos la vida en el teatro, que es la mar de aburrido y cargante. ¡Uf!...

¿Quién me mandaría a mí celebrar esta entrevista con la chiquilla traviesa e inquieta que ha hecho revivir a la alegría el vetusto teatrillo de la calle de Santa Brígida, en este comedor burgués, en que todo es orden y sosiego, con sus palmeras, sus flores, sus canarios y su gramófono, que «sólo tiene discos de Caruso, de Titta, de Stracciari...»?

—De los mejores, vamos. Como una no puede oírlos al natural, pues tiene que tomarlos en conserva... ¿Ve usted? Otra ganga del teatro. No puede una ir a ninguna parte, ver a ningún artista. Sólo sabe de ellos de oídas. Estamos al tanto del movimiento teatral por los chismes y cuentos... ¡El atracón de teatro que me voy a dar en cuanto me retire y me case!...

¡Acabáramos! No es el ambiente de este tranquilo rinconcito burgués el que manda esta mañana en la Señorita Pimienta. Se trata de algo más hondo. Acaso esa carta que la artista estaba escribiendo cuando hemos llegado lo explica todo: sus ansias de otra vida, el brillo, la alegría de sus ojos verdes... La Señorita Pimienta es feliz: ama, escribe, sueña...

O meu corazón che mando
c'unha chave par' o abrir.
Nin eu teño máis que darche
nin ti máisque me pedir.

—¿Y usted, Cándida?

—Yo, nada.

La Señorita Pimienta se ríe, y en seguida se tapa irónicamente la boca, luego guiña picarescamente un ojo y, por fin, se dispone a hablar, porque la Señorita Pimienta es incapaz de estar callada dos segundos seguidos o alternados, pero su hermana le impone silencio.

No es posible encontrar mayor contraste que el que ofrecen estas dos muchachas tan parecidas y tan diferentes, en el teatro y en la intimidad. Blanquita es el movimiento, la alegría, el optimismo, la ilusión. Cándida es el reposo, la serenidad; tal vez el desengaño; por lo menos, el escepticismo. Mientras para Blanquita sólo existe un color, el rosa, el rosa de los sueños, Cándida sabe de los colores marchitos y de las ilusiones muertas. Blanquita ríe por cualquier cosa, ríe por todo; tiene unas muñequitas a las que habla con mimos maternas; juega con unos diminutos perrillos blancos que parecen vedijas de algodón; insulta al loro, besa a los canarios, se pelea con el *reporter*, a quien acaba de conocer, y pone en todo una encantadora cordialidad de niña mimada y feliz... Cándida sonrío; a ratos se

queda pensativa. Y tiene un cajoncito, ese cajoncito de las muchachas que guarda la historia de sus corazones... Flores marchitas, cartas, un pañuelo, *carneys* de baile...

—Yo no sé por qué guardas todas esas cosas— dice Blanquita.

—Dices bien. ¿Tú qué sabes?

—Yo comprendo que se conserven las cosas que interesen de veras; pero ¿me quiere usted decir para qué guarda mi señora hermana esto?

La Señorita Pimienta éntrase decidida en la vecina habitación, sin que valgan protestas de Cándida, y vuelve con una porción de cosas absurdas: cintas, un botoncito de filigrana de oro, una condecoración de un cotillón, unas flores secas y un papelito en el que trabajosamente se leen unas palabras escritas con lápiz.

—He aquí una historia de amor muy bonita para un cuento de *El Liberal*—dice la traviesa chiquilla mostrando el papelito—. Cuando trabajábamos en la Comedia, hace cuatro años, le salió a mi hermana un pretendiente, un muchacho aristocrático, muy simpático, por cierto... que al final de la temporada se casó con una señorita de su clase. Mi hermana, que le había visto venir, no le hizo caso, naturalmente, y el mismo día que a ellos les echaban las bendiciones, recibió Cándida un precioso ramo de rosas blancas y claveles blancos... Y dentro venía este papelito. Lea usted: «De uno que no la ha olvidado, no la olvida, ni la

olvidará...» ¿No hay para matarlo?... ¡El día de la boda! ¡Azúcar!

El «reporter» ha ido a casa de las hermanas Suárez por otras noticias: su teatro, sus obras, sus proyectos artísticos; pero ¿no son éstas mucho más interesantes?

Cuando tan entretenidos estamos, ¿hemos de doblar la hoja para que Cándida nos cuente que en el colegio no era estudiosa, pero que ahora lo es mucho porque le cuesta algún trabajo aprender sus papeles, como quien tiene otras preocupaciones?

¿Haremos luego que la Señorita Pimienta nos diga que ella no hace nada en los ensayos, y que cuando llega la hora de salir se pasa nerviosamente las manos por la cintura, se persigna, sale... «y sea lo que Dios quiera»; que lleva cuatro años en el teatro; que debutó en Canarias con *Los granujas*; que desde chiquilla le tuvo siempre una afición loca a las tablas...

—Pero ya no me gustan.

—¿Por qué?

—Porque el público es muy voluble, y tan pronto aplaude como... ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!...—golpeando el suelo con los pies.— A mí sólo me lo hicieron una noche porque me equivoqué... ¡Caramba, si viera usted qué mal suena!... Por eso yo no quiero estar más que un añito o dos en el teatro... A la fuerza ahorcan. Y luego *dominus vobiscum* (echando una bendición), o como sea lo

que dice el cura... Bueno; usted no se asustará porque yo diga que tengo novio. Sin novio, ¿cómo va a ir una a la calle de la Pasa? Y, además, si alguien pone reparos a esta franqueza, dígame usted que será porque le han dado calabazas.

—No la haga usted caso—tercia Cándida—. Esas cosas no deben contarse.

—Ah, ¿no? Pues entonces contaré aquello que te da tanta rabia.

—¡Blanquita!

—Sí, señor. Le voy a contar a usted que hemos sido cupletistas.

—¡Bah! Eso no me importa.

—¿Cupletistas? ¿Dónde?

—En Chile. Hace un año. Habíamos ido con Moncayo, y tronó la compañía. Cada cual salió de Chile como pudo; algunos creo que a nado; pero mi padre dijo: «¿Y nosotros nos vamos a ir de aquí sin ganar plata?» Y fué y tomó un teatrillo de «variétés», y con unos golpecitos de película, ésta cantando romanzas, que no es porque sea mi hermana y yo la quiera mucho, pero las canta muy bien, y yo bailando garrotines y farrucas, que no es porque sea yo, pero tampoco me doy mala maña para eso, cómo que si hago algo es bailar, y con unas imitaciones que yo hacía o me figuraba hacer, de la Fornarina, la Imperio y la Argentina, empezamos a ganar dinerito, y dinerito...

—Y acabé yo bailando también—continúa Cándida—. En mi vida las había visto más gordas;

pero como el público acudía al teatro y había que variar, pues me enseñó ésta a bailar la jota, y no quiera usted saber la que armábamos... El teatro es así. Hay que hacer de todo.

—¿Y usted no piensa también en retirarse, como Blanquita?

—Ya lo creo. En cuanto tenga para vivir.

—¿Aunque no sea para casarte? —pregunta Blanquita, admirada.

—Aunque sea para permanecer soltera.

—Pues yo no; porque si no es para casarme, ¿para qué me voy a retirar?

—Yo sólo me casaré con un hombre a quien yo quiera, y si no, no me caso.

—Como yo. ¡Mire usted ésta! Sí que se le ocurren unas cosas nuevas...

—¿Por falta de pretendientes no será?

—No, señor. ¡Pero si usted viera! Como la ven a una en el teatro, no sé lo que se figuran; todos se presentan muy sumisos; pero se les conoce la intención a la legua... Y yo sólo podré querer a un hombre que me guste y que venga por el camino recto, como Dios manda y yo me merezco. Los demás... ¡qué peste! Todos escriben la misma carta. No se les ocurre nada nuevo; «Estoy enamorado»; «Me casaré con usted»... ¿Es verdad que hay unos libros de cartas para los enamorados que no saben escribir? Pues de ahí sacan las tuyas todos los que se declaran a las artistas. ¡Señores, qué imaginación!... Crea usted que para

uno que sabe decir aquí estoy yo, los demás están necesitando unas lecciones de Górritz. Y es que como ninguno escribe con este que hay aquí al lado izquierdo... Bueno; y ahora que me fijo, poquito a poco nos va usted arrancando nuestros secretillos. No vale. Las interviús se hacen de otra manera. A ver, señorita Cándida, refiera usted sus planes, nuestros planes. ¿Qué vamos a hacer ahora hasta que llegue la hora de embarcar? Eso es lo que tiene usted que preguntar, señor «reporter». ¿Descansaremos, iremos a dar unas funciones a alguna parte?

—Si es de empresarias, sí.

—Claro que de empresarias. Poco pisto que me he dado, que nos hemos dado, ¿a qué andar con hipocresías, siendo ahora empresa?

—No ponga usted eso, que no es cierto.

—¿Que no? Yo me he dado mucho pisto. Además, esto de ser empresarias es muy agradable, porque no hablan mal de una los cómicos.

—Blanquita, eres más inocente que un cuento de Calleja.

—Por lo menos, los cómicos de casa...

—Blanquita, que estás quedando muy mal.

—Ustedes dispensen. Pregúntenos usted otra cosa. Por ejemplo... ¿Qué vida llevan ustedes? Y nosotras le contestaremos: de la garita a la tienda y de la tienda a la garita: de casa al teatro, del teatro a casa. Durante toda esta temporada entrábamos en el coliseo a las dos de la tarde y salíamos

a las otras dos o después... Ni para ir a misa tenemos tiempo.

—Mujer, no digas eso.

—Pero es que no lo hacíamos por descreídas; mire usted, yo rezo en casa y le pongo a la Virgen dos velas en cada estreno... ¡Ay, le estoy debiendo diez!...

—¿De cinco estrenos?

—De cinco peloterías, ¿sabe usted? Estos hombres... Y tú debes cuatro, Cándida.

—¡Ay! No debo nada, porque como no me ha concedido lo que le pedía...

—¿Cosa de amores?

—¿Por qué quiere usted que le ponga velas a la Virgen una mujer solterita, jovencita y bonita? «Que no me olvide.» «Que le pase el enfado.» «Que vuelva.» ¡Ay, hombres, hombres! No valen la cera que cuestan...

*
**

¡Juventud, alegría, ilusiones, amor!...

No me mandes papeles,
que no sé leer;
mándame tu persona,
que la quiero ver.



Casi parlamentaria.

Don Juan ha llegado a la Alta Cámara tempranito, risueño, lleno de optimismo. Este sol madrileño tan alegre, de que hacía tanto tiempo que no disfrutaba... Y luego la casi novedad de su investidura. ¡Hace tantos años que fué diputado!... Cuando las primeras Cortes de la Restauración. Este Dato es una buena persona, pese a los descontentos que aseguran que sólo sirve a quien le conviene. Prueba de ello es que se ha acordado de él, que estaba ya para que le sacasen en una sillita al sol; pero, ¡caramba!, la senaduría le ha rejuvenecido. Se encuentra fuerte, animoso; todas aquellas aprensiones y temores que le agobiaban en la paz, aburrimiento e inacción de su retiro provinciano desaparecieron. Ahora todo son visiones gratas. ¡La verdad es que hay cada mujercita en este Madrid!

Tarareando bajito el cuplé aquel que oyó anoche en Romea, se sienta Don Juan en uno de los escritorios a escribir a su esposa... ¿Pero qué demonios representa aquel cuadro que hay allí enfrente?

«Sor Marcela de San Félix presenciando el entierro de su padre fray Félix Lope de Vega.» El cadáver del Fénix de los Ingenios va en una caja descubierta, que conducen cuatro sacerdotes; tras la reja del convento, sor Marcela llora y se retuerce las manos. Parece que se oye cantar el «Miserere»... ¡Sí que ha sido una idea la de colocar aquí este cuadrado alegre! A Don Juan le impresionan mucho las escenas dramáticas; ¡él, que sólo va a los teatros de risa para no sufrir!...

Con la carta de su mujer en la mano sale del escritorio y se mete en una de las Secciones a concluir... ¡Horror! Lo primero que ven aquí sus asustados ojos es otra escena de muerte: «El Gran Capitán llorando ante el cadáver del duque de Nemours en el campo de batalla de Ceriñola»... ¡Ceriñola con los cuadros del Senado!

Éntrase en otra Sección, y aparécese una cromística «Batalla de Tetuán», con una de sangre, cadáveres y heridos que al senador más despreocupado se le pone el corazón como un piñoncito paisano de Alba.

En otra parte encuéntrase con los «Ultimos momentos de Fernando el Emplazado»; más allá, es D. Felipe II el que agoniza; luego, el Rey D. Sancho, que se muere en el cerco de Zamora. Ascien de al piso superior, y en la escalera le sale al paso otro lienzo que representa la «Muerte del marqués del Duero», y hace pareja con un sangriento «Combate naval de Lepanto», lleno de ahogados,

mueertos y heridos por armas de todos los colores rabiñosos. Porque vaya si hay allí verde y encarnado. Color gana.

Y aquí y allá, alternando con estas terribles impresiones, cuadros de asuntos tan risueños como la batalla de Almansa, la de Las Navas de Tolosa, «La prisión de la última Reina de Mallorca»; un escalofriante «Episodio de la batalla de Trafalgar»... ¡Meigas fora! ¡Arrenegote demo! ¿Pero esto es el Senado o las celdas de un convento de Trappenses?

Don Juan dirígese decidido al despacho del Mayor para pedirle que mande cubrir con un paño piadoso el horror de aquellos lienzos que parecen puestos allí para producir vacantes de vitalicios... Pero en el Senado hay más. Más cuadros agradables.

Allí, frente a la mesa donde el Sr. Gil Lozano trabaja y ríe con aquella risita suya, que se oye más que la prehistórica campana que llama a sesión, está nada menos que el condestable Don Alvaro de Luna en el cadalso, después de la decapitación, la cabeza colocada en lo alto de un palo y el cuerpo desangrándose cómodamente tendido a lo largo, velado por unos frailes tétricos.

Don Juan salió de allí disparado. No quiso tomar parte en las votaciones; se fué a la fonda, se metió en la cama.

Y toda la noche estuvo soñando con aquellos fieros guerreros, maestros de campo, coroneles,

generales, dux venecianos, que alternan en las Secciones con los otros cuadritos. Todos le rodearon muy serios, con aquellas caras imponentes, con sus coletos y sus botas de cuero, sus walonas bordadas, sus pavorosos montantes, sus asustadores bigotazos. Y le amenazaban con los bastones de mando.

—¡A ver a quién votas!

Esta mañana Don Juan ha escrito una sentida carta al presidente de la Cámara.

«Es una prueba de mal gusto ornar las paredes con semejantes historias.

»¿No son mucho más decorativas la Lulú, y la Fons, y Manón, y Candelaria y la Chelito?

»Señor: que uno no es de piedra, aunque sea senador...»

..

Don Juan no se ha atrevido a volver a la Alta Cámara, y ha pasado hoy la tarde en el Congreso.

Como él no conoce a esta gente de ahora, al principio se ha aburrido lindamente dando vueltas por allí; pero luego se ha encontrado con un antiguo compañero de diputación y han gozado un rato el melancólico placer de las evocaciones. ¡Aquellas si que eran Cortes! ¡Aquel Cánovas, aquel Sagasta, Castelar, Romero!... Nos hemos quedado sin oradores.

—Y usted, ¿qué se hace? ¿Es acaso otra vez diputado?

—¡Ay, no, señor! Eso pasó para no volver. Desde entonces yo he ido hacia atrás. Ahora vivo atendido a un pequeño destinillo. Seis mil reales. ¡Ya ve usted: haber sido tanto para venir a parar en esto!... Pero no es lo mezquino del sueldo lo que me duele, sino el ser mandado por algún chigarabís sin historia política, ni representación. ¡Yo que pronuncié aquel día aquel discurso!... Mas no me quejo; todavía están peor Fulano y Zutano. ¿Se acuerda usted de ellos? No tardarán en venir; vienen todas las tardes; no tienen otro sitio adonde ir. En cuanto les dan suelta en el hospital ya están aquí.

—¿En el hospital?

—Sí, señor. Están allí de «calandrias». ¡La vida! Han tenido que acogerse a ese refugio, y utilizan la escasa influencia que les queda para que no les echen y para que les permitan salir todos los días. Y aquí pasan la tarde... Aquí la pasamos. Durante un rato volvemos a la agitación de nuestros buenos tiempos; hacemos cábalas y juegos malabares con los pequeños sucesos que generan los grandes acontecimientos políticos. A lo mejor leemos en los periódicos las fantasías que se nos han ocurrido sentados cerca de la chimenea, en esos sillones tan cómodos, que son otro de los alicientes de nuestras tardes, y somos felices. Olvidados de nuestra miseria presente durante tres o cuatro horas, nos hacemos la ilusión de que aun tienen valor e influencia nuestros juicios, alternamos con

la gente; nos sentamos en estos divanes y en esas butacas... Hasta que suena la hora desagradable de volver a la oficina, sucia y oscura, a que nos maree cualquier niño influyente, o al hospital, a ser el número tantos...

Don Juan ha decidido tornar mañana a su casa en el primer expreso.

Él no sospechaba estas «parlamentarias» trágicas, engañado por la tropología con que tantas plumas brillantes disimulan la tristeza de las tardes perdidas «bajo la montera de cristales que deja pasar una luz lechosa», oyendo palabras y palabras sin ideas...



El Conde y los colegiales.

«¡POR AQUI NO PASA NADIE!»

El gacetillero ha tenido la mala idea de venirse a escribir unas cuartillas «de urgencia» a un café tranquilo, donde acostumbran a reunirse unos cuantos políticos de representación y pulmones. A esta hora de zozobra de esta noche de inquietud, dudas, ansias, esperanzas y temores del 30 de Diciembre del año gracioso de 1912, están armando estos señores, de ordinario tan pacíficos, un alboroto formidable, asustante, de víspera de crisis.

—¡Yo digo que el Conde!...

—¡Y yo afirmo que don Antonio!...

—¡Pues yo aseguro que Manolo!...

—¡Es que don Segismundo!...

¡Mis pobres cuartillas!...

Oyendo a estos señores, sin gran esfuerzo nos imaginamos asistir, en localidad de preferencia, al regocijante y ejemplar espectáculo de la nunca vista y descomunal batalla que a estas horas se

riñe por el Poder y la jefatura. Parece que se ven las caras de los contendientes, que se oye el jadear de sus pechos cansados y ansiosos; se percibe claramente el silbar de las finas espadas en el aire, el chirriar de las navajas albaceteñas, y se advierte a don Alvaro o la fuerza de los destinos, hecho un jaque, plantado en mitad de la carretera, esgrimiendo la de lengua de vaca y gritando con voz pavorosa y convincente:

—¡Por aquí no pasa nadie!...

No es posible prever a la hora temprana en que se escriben estas cortas líneas —y para un periodista, tan malo es el exceso de la anticipación como el defecto de la tardanza —la solución que tendrá el pleito que ahora se ventila. Pero la del otro, la del que más interesa a don Alvaro: el de la jefatura...

Oigan ustedes. Fué hace ahora años. Todavía era D. Alvaro, Alvarito. Estaba de colegial en Bolonia, al mismo tiempo que Isidro Pérez Oliva, don Juan La Cierva, el Sr. Pérez Caballero y otros jóvenes, que entonces ayudaban a cumplir la voluntad del buen arzobispo Carrillo de Albornoz, que de Dios goce, fundador del Colegio Español, de Bolonia.

Aprovechando las vacaciones, ocurriósele a «Alvarito» hacer un pequeño viaje por Suiza. El Sr. Pérez Caballero, que era el Jorge Brummel de la Corporación estudiantil, que presumía más que un gobernador nuevo y que gustaba de figu-

rar y de epatar (de «darse postín», que dirían en el caserón que hay en la calle Ancha, entre la del Noviciado y los Reyes), se dispuso a acompañar a Alvarito. Era una magnífica ocasión de herir unos cuantos corazones femeninos ingleses, suizos e italianos—D. Juan fué siempre muy internacional—, y quiso aprovecharla.

—Lo menos que se va a titular éste cuando le pregunten por su nombre y condición es príncipe de tal o cual—dijeron sus compañeros cuando le vieron partir hecho una porción de brazos de mar; mares amplísimos, si se comparaba su indumentaria elegante, su gesto altivo y su prestancia con la sencillez y descuido de D. Alvaro.

Cuando regresaron, a los quince días, acudieron todos los colegiales a esperarlos a la estación. Bajó primero del tren D. Alvaro. Don Juan, guardando la consideración debida a la dificultad locomotriz de su compañero—perdón, señor; no hay más remedio que hablar de ello—, descendió detrás, llevando su maleta y la de Alvarito.

Este se cogió del brazo de La Cierva y de Oliva con ese ademán tan suyo, y echaron a andar, seguidos de Pérez Caballero con las maletas.

—¿Qué tal el viaje?

—Chicos, magnífico. Me he dado un tono horroroso... Como éste es tan atento y siempre le veían así cargado, con las dos maletas, le tomaban por mi ayuda de cámara. Figuraos, yo... No hacía más que pedirle cosas cuando había señoras de-

lante, y él, como es tan fino, se levantaba y me las traía. Y decían ellas: «Qué criado tiene más elegante...»

Pues otra vez llegó a Bolonia cierta dama estupefaciente, que alborotó a los colegiales y a los profesores y a los que no eran profesores ni colegiales. Los chicos, que la tuvieron una noche de vecina en la platea inmediata a la que en el teatro tienen los colegiales por cuenta de la fundación, se volvieron locos y se hartaron de decirle chicleos y de flirtear. Ella a todos hacía cara. Tomaba más varas que un Veragua bravo.

—¿Me permite usted el placer de visitarla mañana?—le preguntaban.

—¿Por qué no? Yo estoy en el hotel a la hora del té.

Té, chocolate y café. Allí, en la antesala de la beldad, se encontraron todos, menos Alvarito, cinco minutos, acaso diez antes de la hora señalada. Pérez Caballero, impecable, sin tacha; Pérez Oliva, sin manchas de ceniza ni arrugas; La Cierva, sin Pérez, y etc., etc.

—¡Tú!

—¿Y tú?

—¡Turulú!

—¡Yo he venido antes!

—No, señor, que has entrado después.

—¡Fuí yo quien llegó primero!

No había modo de que se pusieran de acuerdo. Presentían estos días. De pronto, el portier que se levanta y Alvarito que se presenta.

—¡Hombre, el que faltaba! Éramos pocos...

—¿Qué os pasa, que desde el vestíbulo se os oye disputar?

Todos le hicieron juez del pleito—era el último y no podía disputarles su derecho—y alegaron ante él, con igual vehemencia, el de prioridad en la visita que cada cual creía corresponderle.

Y Alvarito decidió sencillamente y sin apelación a las Partidas la ardua cuestión.

—Yo creo—les dijo—que vosotros debéis de sortearos.

Y avanzando gentil y desenfadado hasta la puerta de la dama, puso la mano en el picaporte, abrió, entró y cerró tras sí...

¡Para que le vayan con historias de rivales políticos!

—Vosotros debéis de sortearos—les dirá mientras se cuele dentro.

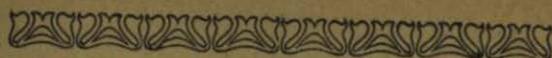
Y por si acaso, les gritará desde detrás de la puerta, haciendo chirriar los consabidos muelles:

—¡Por aquí no pasa nadie! ¡Aunque hable con el portero!

—Pero no me negará usted, señor gacetillero, que contra la virtud de las armas blancas está la eficacia y el alcance de los cañones.

—Usted no conoce a don Alvaro. Don Alvaro lleva colgado al pecho un papelito con un letrero que dice: «Detente bala, que somos parientes.»

Y se detienen.



El Príncipe bohemio.

DE CÓMO NO SE PUEDE TENER CORAZÓN

Algunos personajes carlistas del grupo intransigente del tradicionalismo andan haciendo cábalas y tirando líneas para «descoronar» a D. Jaime y buscarle un sucesor.

Es vieja esta querrela entre «el R...» y los carlistas—obsérvese que no escribimos jaimistas—, a quienes el príncipe debe alguna de esas contradicciones que marcan un rumbo definitivo a la vida, y que nunca han sentido grandes simpatías por este príncipe moderno, culto y libre de muchas preocupaciones que son para aquellos intransigentes como el dogma religioso.

La cuestión de la filiación francófila o germanófila del heredero de D. Carlos es el tercer asalto de un duelo que a larga fecha viene riñéndose entre «el R...» y aquellos de sus súbditos que le quisieran menos respetuoso con la paz y el relativo bienestar de España y más dócil para dejarse manejar por los métomeentodo y gobierna coci-

nas que en el carlismo abundan como en todas partes.

El primer asalto, en el que resultó vencido D. Jaime, verificóse hace años, en vida de D. Carlos, y la victoria de los que se impusieron al príncipe tuvo todo el valor de una traición, que acaso no haya sido perdonada, por lo mismo que las heridas se infirieron allí donde son más dolorosas: en el corazón.

Todavía era D. Jaime «el príncipe heredero». Su padre pasábale la espléndida pensión correspondiente a su categoría y posición social, y el rapaz iba de un lado a otro de Europa, ávido de aprender y, ¿por qué no decirlo todo?, de divertirse. «¡Señor, si estaba en la edad!»

Y fué en unas carreras de caballos, en un balneario, o en alguna reunión aristocrática, donde descubrió un día su descuidado corazón una belleza de quien el príncipe prendóse súbitamente. Toda la tarde o toda la noche sus asombrados ojos, esclavos de la gentil figura, la siguieron a todas partes. Otras muchas tardes y otras muchas noches rindió el enamorado joven el culto de su silenciosa admiración a la damita que inesperadamente había iluminado la vida vacía del príncipe.

—¿Quién es?—preguntó D. Jaime.

Le contestaron con el nombre ilustre de una aristocrática familia española del más rancio abuelo, alta entre las más altas, española entre las más españolas. El lector nos permitirá que no ali-

viemos el tormento de su curiosidad con otros datos por donde pueda descubrir la persona de esta damita, condesa, duquesa o marquesa, o todo junto, que probablemente nunca supo la pasión que inspirara al heredero de D. Carlos. Lo interesante no es en este caso la persona, sino que, enamorado perdidamente de ella, D. Jaime pensó, decidido, en casarse.

Mas antes de hacer conocedora de sus sentimientos a la damita española, quiso, como buen hijo y atento a su situación excepcional, asegurarse la aquiescencia de su padre, que juzgaba, con razón, un poco difícil, y tuvo la mala ocurrencia de buscar la ayuda de algunos amigos de D. Carlos; acaso éstos que ahora quieren destronarle y le andan buscando sucesor.

Los tales creyeron un desacato a la autoridad «del R...» y un atentado a la dignidad y al credo del partido la boda del príncipe con aquella dama, que, aunque también de estirpe regia, pertenecía a una familia adepta a la dinastía reinante, y, en vez de prestar al príncipe la ayuda deseada, fueron con el cuento a Venecia e irritaron de tal modo a D. Carlos, que éste, para contener los vuelos imaginativos de su hijo, redujo a términos inverosímil mezquindad la pensión de D. Jaime, y el príncipe vióse obligado a renunciar a su amor, se incorporó a un regimiento ruso y fué a pedir románticamente a la guerra el olvido.

Volaron los años. Murió D. Carlos. Le heredó

su hijo. Los carlistas pensaron que no estaba bien su príncipe soltero, y se echaron a buscarle novia tenazmente. Una por una, se habló entonces de todas las princesas alemanas católicas en estado de merecer, manifestándose por vez primera las simpatías germánicas del carlismo; pero D. Jaime, que es, por lo que se ve, un carácter, sorteó hábilmente el difícil paso en que pretendían meterle «sus amigos», se dejó querer y no quiso a ninguna de las novias que le propusieron aquéllos. En este asalto fué el más hábil el príncipe.

¿Horror al matrimonio? ¿Friedad de corazón? ¿Deseo de ser él, y no los demás, quien disponga de su vida? ¿Romántica fidelidad a aquel amor primero, ignorado por la bella dama española que lo inspiró?...

Un día, hace algún tiempo, cierta conocidísima y popular aristócrata madrileña visitó en París a D. Jaime. (El lector no debe extrañar el caso, muy frecuente, de personajes alfonsinos que ofrecen en París a D. Jaime sus respetos y su amistad particular, sin que ello signifique la menor traición a sus ideas y afectos políticos.)

—Marquesa (supongamos que es marquesa)— le dijo D. Jaime—: búscame una novia en España.

Es de advertir que D. Jaime concede el honor del tuteo a todas las personas que a él le dan tratamiento de majestad.

—Señor—contestóle la dama—: eso no puede ser.

—¿Cómo que no? ¿Es que no hay en España mujeres dignas de mí y que pudieran hacerme feliz?

—Ciertamente que las hay, señor; pero en vuestra situación debéis buscar esposa en otras alturas.

—Pues si me caso alguna vez, ten por seguro que ha de ser en España.

••

Por estas y las otras cosas, ello es que hay una parte del tradicionalismo descontenta de su «R...», como antes lo estuvieron los jaimistas de don Carlos.

En las inclinaciones germánicas del carlismo, si se examina con cuidado el asunto, hemos de ver algo más interesado que una platónica manifestación de simpatía: la esperanza de una eficaz ayuda para el día imposible en que la locura volviere a dominar en España y pretendiese derrocar lo existente encendiendo de nuevo la guerra civil.

De la única nación poderosa de quien los carlistas pueden ya soñar en recibir auxilios en una improbable e inverosímil eventualidad es Alemania, y porque D. Jaime no comulga en estas simpatías y esperanzas es por lo que hablan de sucesión y destronamiento algunos carlistas.

¿Pero cómo es que D. Jaime no participa de

las simpatías y deseos del partido, él, que está más inmediatamente que nadie interesado en ello?

Es inadmisibile el frívolo motivo del recuerdo de los alegres días parisinos que ha vivido descuidado y feliz este príncipe simpático, mundano y un poco bohemio con que se conforman los que no quieren perezosamente molestarse en buscarle otra explicación más sólida.

No; D. Jaime no manifiesta las simpatías por Alemania que encienden a sus partidarios, sencillamente porque no las siente, y él es, según las referencias de los que han tenido el honor de tratarle, un hombre noble, cordial y sincero, sin recodos ni sinuosidades, que sólo se deja guiar por su corazón, al que no traiciona por nada ni por nadie. Es, además, hombre que rinde a los afectos el culto de los corazones reales. Si él peleó valerosamente bajo la bandera rusa, soldado de este ejército, ¿cómo se quiere que la traicione ahora rufianescamente, faltando a la fe que le jurara?

Pero no es esto, en realidad, lo que separa a aquellos carlistas de su «R...» ¡Bah! Lo que en el fondo de todo esto hay es que D. Jaime, tan español y tan amante de España, que gusta de pasear flameando su capa manola por los lugares más castizos de Madrid; que se detiene en la calle de Toledo para echar un piropo «con gracia» a una chulona marchosa; que asiste, como los estudiantes novilleros, a la parada, y una noche se planta en la calle de Peligros ante Mella, que no le ha

visto nunca y va charlando descuidadamente con Comenge, y le interpela, llano, alegre, cordial y juvenil: «—Eh, Mella! A tu casa iba. Por los retratos te he conocido». «—Pues yo a usted no tengo el gusto de conocerle de nada»—contesta al príncipe de los tradicionalistas, el rey de los oradores. «—Vamos, mírame bien»—replica «el señor» llevando a Mella junto al escaparate más próximo—. «¡Don Jaime!»—exclama entonces el glorioso tribuno—. «¡Gachó, lo que has tardaol!»—responde el príncipe, colocando el timito madrileño que aprendió aquella tarde misma al descender del tren en la estación del Norte... Este príncipe en fin—y busque el que quiera la ilación del párrafo—, no comprende la necesidad de violentarse manifestando una simpatía hipócrita por esta o la otra nación, por el sencillo motivo de que no siente la menor añoranza por la corona.

Esto es lo que le separa de los carlistas. Más sabio que todos los ambiciosos, conoce la vanidad de las altas posiciones.

Por lo poco que de su modo de ser íntimo nos han dejado conocer los que, atentos exclusivamente a su juego, dan más importancia a las apariencias que les convienen que a la simpática realidad de los hechos, D. Jaime es, sobre todas las cosas, un hombre agradecido, singular virtud que pocos practican. Como todos aquellos a quienes la interposición de un extraño ha privado de cariños familiares que debieran ser indestructibles,

D. Jaime es muy sensible a las manifestaciones de afecto. El no olvida que, antes que de nadie, recibió en la dolorosa ocasión de la muerte de su padre sinceras y efusivas manifestaciones de amistad de quien, por decreto de los intereses egoístas de los hombres, estaba destinado a ser su enemigo.

Nadie se había cuidado de advertir a D. Jaime de la gravedad de su padre, cuando una noche se vió sorprendido, en el apartado y grato retiro de cierto pisito cuarto de una casa no muy lujosa de París—¡daba tan poco de sí la escasez de la paga!—, por el anuncio de que un caballero respetable demandaba verle con urgencia.

—Dice—volvió a responder la doncella, a quien encargaron que despachase al importuno—que es el embajador de tal país y que le urge muchísimo ver al señor.

—Tres horas llevo buscándoos por todo París—dijo el embajador al príncipe cuando estuvo ante él—para entregaros este telegrama de Su Majestad el Rey, mi señor. En él, sin duda, se os previene de una gran desgracia con que os prueba el cielo, y por la cual os pido permiso para testimoniaros mis más profundos y sinceros sentimientos de dolor. Su Majestad me encarga que me ponga inmediata e incondicionalmente a vuestras órdenes para cuanto necesitéis.

En aquel telegrama, un noble corazón, al mismo tiempo que comunicaba a D. Jaime la triste nueva, que nadie se ocupaba de participarle,

ofrecíale el consuelo de su condolencia y amistad.

Don Jaime agradeció vivamente esta prueba de afecto, tanto más grande y de estimar cuanto menos obligada.

Algunos meses después, casualidad o no, el automóvil de D. Jaime se cruzó en una carretera francesa, cerca de la frontera española, con otro en que iba alguien cuyo nombre y circunstancias no es necesario indicar para que las adivine el lector. Al encontrarse, hicieron alto ambos carruajes. Descendió D. Jaime del suyo. Le imitó aquella otra persona, y en un cordial y efusivo apretón de manos quedó sellada, con más fuerza que en todos los tratados y pactos escritos, una promesa sincera de paz y amistad.

Pocas noches después cenaban en un «apartamento»—como dicen en las traducciones de a cien pesetas los dos tomos—de un restaurante parisien, un español de significación en el mundo de los negocios y un francés que los tiene con él.

En el departamento inmediato comían varios españoles, cuyas voces llegaban alegre y claramente a la otra habitación. En uno de sus zigzag, la charla hizo esquina en algún asunto serio, y las voces hicieron graves y sólo llegaban al otro lado en confuso murmullo.

Y fué en aquel momento cuando, alzándose una voz reposada y firme, dijo en español puro, con cierto dejo extranjero:

—Yo no intentaré nada en España, ni consen-

tiré ninguna intentona mientras mi primo ocupe el Trono. Después, únicamente si la anarquía se adueñase de España, yo haría un llamamiento a mis leales y al patriotismo de los buenos españoles y reivindicaría mis derechos...

*
**

Y, como no está bien que el *reporter* lo ponga todo, te cedo la palabra, pacienzudo lector, para que digas, como en las comedias del antiguo régimen:

—¡Ahora lo comprendo todo!



Varela o la fuerza del sino

DE LA ÉPOCA DE «LOS CRÍMENES»

Acaba de fallecer en Vigo, donde nació y últimamente vivía, con su esposa y su suegra, callado y obscurecido, el famoso José Vázquez Varela Borcino.

Más que el ruido que durante su accidentada vida hizo, perseguido por una inexorable fatalidad trágica, reclama unas últimas cuartillas para Vázquez Varela, piadosa paletada de tierra que la actualidad pone en su tumba, la circunstancia de ocupar este hombre una lamentable página en la historia del periodismo español, que no podemos leer sin dolor los que todavía, a pesar de tantos desengañados años de ejercicio, seguimos amando esta profesión.

Las páginas del proceso periodístico del «crimen de la calle de Fuencarral» constituyen los primeros y fundamentales folios del pleito de divorcio entablado entre el público y la Prensa, y sostenido por tanta desagradecida complacencia